

### CAPITULO CXXIII.

Prosigue el rey D. Felipe ganándose la voluntad de los portugueses.—Aprestos que hace para en caso de guerra.—Aspirantes á la corona de Portugal.—Congréganse las Cortes portuguesas.—Protesta del rey de España.—Muerte del rey D. Enrique.—El prior de Crato.—Entra el ejército español en Portugal.

Don Cristóbal de Mora, seguía entre tanto obrando con la sagacidad y el acierto de que dió tantas muestras durante toda esta negociación y proseguía atrayéndose al partido de Felipe, muchos y nobles portugueses, entre otros, al famoso juriconsulto Borbosa que desde luego se puso á escribir en favor de aquel.

Una grave enfermedad que padeció el rey de Portugal, y el verse de todos asediado y contrariado en sus proyectos matrimoniales, obligóle, despues de escuchar el parecer de sus consejeros, á hacer una notificación á cuantos se creyeran con derecho al trono, para que en el término de dos meses le pusieran de manifiesto las pruebas en que se fundaran todos sus derechos, por medio de procurador, para que él resolviese con verdadero conocimiento de causa.

No era por cierto este el tribunal mas imparcial y equitativo, pero Felipe, por no mostrarse sobradamente severo, no decidió por el momento combatir ni denegarse al expediente propuesto por el portugués.

Sin embargo, como preliminar, y preliminar de gran consideración, teniendo en cuenta que procedía de un rey como D. Felipe, dirigió á la Cámara de Lisboa una comunicación que revestia cierto carácter de intimidación que no podía dejar de producir su efecto en el ánimo de los consejeros portugueses.

Enumeraba los derechos que le asistían, como eran los de ser hijo de la emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel y tanto él como sus hijos, nietos del rey D. Manuel de Portugal, prosiguiendo despues «por todas estas causas y razones tengo tanto respeto al serenísimo Rey mi tío y tanta obligación á desear que su vida sea larga como vosotros mismos; mas estando las cosas de la sucesion de ese reino en el estado que vos sabeis, he querido con mucha consideración y maduro consejo saber el derecho que Dios fue servido darme por sus ocultos juicios: y habiendo mandado mirar este negocio en mis reinos y fuera de ellos por personas de ciencia y conciencia, hallan todos que la herencia de los dichos reinos me viene á mí de derecho sin duda ninguna, ni haber persona de las que hoy viven, que con razon ni justicia en manera ninguna me lo pueda contradecir por muchas y claras razones, y particularmente entre todas por ser varon y mas viejo en dias, como es notorio y sabido...» Añadiendo despues que considerasen «que no es rey extranjero el que os ha de heredar, sino tan natural como está dicho, pues soy nieto y hijo de vuestros príncipes naturales, y de su misma sangre, y seré tan padre de cada uno como todos lo vereis cuando fuere Dios servido; mas desde ahora os he querido rogar que con vuestra madura prudencia y larga experiencia vais mirando y apuntando todas aquellas cosas en que yo os puedo hacer honra y favor, no solo en conservar vuestros privilegios y libertades, pero en aumento dellas en general y de cada uno en particular.»

Fácilmente se comprende la impresion que un lenguaje tal habia de causar al portugués, que tan favorable se mostraba á la Duquesa de Braganza, su sobrina, con cuya hija pensó en contraer matrimonio. Mas cuando trató de consultar la opinion de los juriconsultos de su reino, para apoyar mas su propósito, se encontró con que todos habian sido diestramente ganados por el español Mora, y estaban por tanto en favor de Felipe.

Los aspirantes al trono portugués eran, en primer término, el rey de España, la duquesa de Braganza, el prior de Crato, D. Antonio, hijo bastardo del infante D. Luis y de una mujer de raza hebrea, llamada Violante Gomez; el duque de Saboya Ramiero Farnesio, hijo del príncipe de Parma, y la reina Catalina, viuda del rey de Francia; exceptuando esta, todos derivaban sus derechos de la descendencia del rey D. Manuel, pero quienes los tenian verdaderamente eran D. Felipe y la duquesa de Braganza, que se hallaban en el mismo grado, aun cuando el primero llevaba la ventaja del sexo y de la mayoría de edad.

Todos enviaron sus procuradores á Lisboa, mas los que abrigaban la seguridad de que no alcanzarían una solución favorable, antes que ceder á que se uniese Portugal con España, favorecian con mas ó menos recato al Prior, que por su carácter bullicioso é inquieto era el que oposicion mas fuerte podia ofrecer al monarca español.

La reina de Inglaterra y los flamencos, enemigos de Felipe II, favorecian á los portugueses contrarios á este, y la cuestion de sucesion á la corona portuguesa, se trataba con vivísimo interés en todas las cortes de Europa.

El duque de Osuna marchó el 9 de octubre á Lisboa, con instrucciones de Felipe, quien, al ver que el rey D. Enrique proseguía en sus propuestas matrimoniales, creyó llegado el caso de obrar con mas energía y por medio de aquel protestó, manifestando que no reconocía al monarca portugués como juez competente para fallar en aquel asunto, y que su derecho á la corona portuguesa era, no solo preferible al de todos los demás candidatos, sino que superaba al del mismo cardenal D. Enrique.

Reunidas las Cortes, acordóse finalmente que el Rey nombrara cinco gobernadores entre quince caballeros elegidos por los tres brazos del reino, y que se nombraran veinte y cuatro jueces, de los cuales pudiera el Rey elegir once, los cuales habian de fallar,

respecto á la sucesion, en caso de que á la muerte de D. Enrique no quedase asegurada aquella.

El rey de España protestó tambien contra aquel acuerdo, enviando á la par al marqués de Santa Cruz con las galeras españolas, mientras el duque de Osuna dirigía á los gobernadores un requerimiento, para que reconocieran como á su legítimo rey á don Felipe, enviándole á llamar.

Semejante actitud impuso al Cardenal, quien propuso que se reconociera como sucesor á un hijo del rey de España; mas tambien se opuso á ello Felipe, sabedor de que el prior de Crato, á quien él mismo habia rescatado del poder de los infieles, andaba en tratos con sus enemigos á la par que le hacia una fingida sumision, y que concitaba al pueblo en su contra, procurando al mismo tiempo sobornar testigos para probar la legitimidad de su nacimiento, y en su consecuencia á la par que el rey D. Enrique le formaba proceso privándole de todos sus honores, jurisdicciones y prerogativas, desterrándole del reino como traidor á la patria, procedía Felipe á nombrar los maestros de campo y los capitanes que habian de mandar el ejército que fuese á Portugal.

Por fin, próximo ya al sepulcro el rey D. Enrique, convocó las Cortes para enero de 1580, y en ellas decidióse por declarar el mejor derecho de Felipe, mas aun cuando de los tres brazos del reino dos de ellos, que fueron el eclesiástico y el de la nobleza, conformáronse con la decision del monarca, el brazo popular, mostróse contrario exigiendo un rey portugués.

Indecisa estaba la cuestion todavia cuando falleció el rey D. Enrique al cabo de diez y siete meses de su proceloso y difícil reinado que terminó la noche del 31 de enero de 1580.

Apenas hubo fallecido el Monarca, los cinco gobernadores que se constituyeron en defensores de los reinos de Portugal, como se titulaban, enviaron una embajada á Felipe al objeto de que espesase, antes que recurrir á las armas, á ver la solución que se daba al asunto de la sucesion, pero el monarca de España respondióles en términos claros y precisos que su derecho era legítimo, y por lo tanto no necesitaba que jueces lo declarasen, y mucho menos ellos, en quienes no reconocía competencia, y que serian ellos solos los responsables de la sangre que por esta causa se derramara.

Grave era el compromiso en que se hallaban los gobernadores, pues aun cuando la mayoría de ellos era afecta á Felipe, temian la indignacion del pueblo que se les continuaba mostrando contrario, á lo cual contribuía muy especialmente el prior de Crato, que proseguía excitándole y al cual protegían y ayudaban, aun cuando recatadamente, las potencias enemigas de Felipe.

Este á su vez, obrando con sobrada lentitud, cuando hubiera sido necesaria mas actividad, trataba de ir ganándose voluntades por medio de las dádivas y concesiones, para lo cual envió instrucciones al duque de Osuna ofreciendo la conservacion de los fueros, privilegios y demás franquicias de los portugueses.

Al mismo tiempo, y dispuesto ya el ejército que habia de entrar en Portugal, nombróse para que le mandara al anciano duque de Alba, que á la sazón se hallaba desterrado en su villa de Uceda á consecuencia de un desacato, cometido por su hijo D. Fadrique, con una dama del real palacio.

Reunido en Badajoz el ejército, resguardadas las fronteras portuguesas por los señores que en ellas tenian villas y castillos, confiada la armada al veterano D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, trasladóse el mismo Rey á aquel punto en marzo de 1580, confiando el encargo de los negocios del reino, durante su ausencia, al cardenal Granvela.

Poco tiempo despues fueron á reunirsele la Reina y el príncipe D. Diego, que poco hacia fue jurado sucesor de la corona por muerte de Fernando, y el duque de Osuna, á quien Felipe envió á buscar para que le diese cuenta exacta del estado de Portugal.

En todos los templos de España se hacían públicas rogativas por el buen éxito de la guerra por orden del Rey, y todo hacia presumir que esta habia de ser porfiada y sangrienta, pues, el pueblo, agitado por el prior de Crato, cada dia se mostraba mas enemigo del español.

Nuevas embajadas enviaron los gobernadores que fueron completamente infructuosas; y entonces vacilando respecto á la conducta que habian de seguir, ni supieron apercibirse oportunamente para la defensa del reino, ni evitar su desgracia, reconociendo en su tiempo al rey de España.

Todo era agitacion en Portugal, á todas partes se pedían auxilios, el bullicioso Prior que contaba con muchos partidarios entre las clases inferiores, era quien mas se movía, hasta que finalmente en Santarem se hizo aclamar por rey y consagrar por el Obispo de Laguardia en 18 de junio, entrando en Lisboa el 24, obligando á huir á los gobernadores y siendo hospedado, recibido y aclamado como tal monarca.

Al mismo tiempo el ejército español, compuesto de veinte y cinco mil infantes, mas de mil seiscientos caballos y cincuenta y siete piezas de batir, se ponía en movimiento penetrando en Portugal.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 28.

TOMA DE LISBOA POR EL DUQUE DE ALBA

## CAPITULO CXXIV.

Triunfos del duque de Alba.—El prior de Crato queda derrotado.—Entrada del duque de Alba en Lisboa.—El rey D. Felipe II es proclamado rey de Portugal.—Muere en Badajoz la cuarta esposa del Rey.

ENTREGÁRONSE sin ofrecer resistencia al ejército español las plazas de Gelves y Olivenza, haciendo presumir este primer resultado que tal vez la campaña fuese breve y feliz.

El nuevo monarca de Portugal escribió al duque de Alba ordenándole que saliese inmediatamente del reino, y precisamente para formar notable contraste con su conducta, el duque de Braganza que, á pesar de tener algún más derecho á la corona portuguesa, por su esposa, declaró al rey de Castilla que le cedía todos sus derechos, rogándole que respetase sus tierras y sus vasallos que componían sobre una tercera parte del territorio portugués.

Una vez ante los muros de Setubal el duque de Alba, intimó la rendición á sus defensores, ofreciendo que respetaría las personas y haciendas, amenazando en caso contrario con tratarles con el mayor rigor.

En vista de esto, y de que la guarnición, compuesta de algunas compañías auxiliares de franceses é ingleses, con insigne cobardía mostráronse dispuestas á abandonar la población, salió una comisión á conferenciar con el Duque, suplicándole suspendiese el ataque hasta que aquella marcha tuviera efecto.

El castillo, considerado como inexpugnable y que estaba defendido por el alcaide Mendo de la Mota, que contaba con ochenta piezas de artillería y que se hallaba protegido por varios galeones, fue rudamente combatido por Próspero Colonna, D. Francés de Alava y el famoso ingeniero Antonelli, mientras que por la parte del mar el marqués de Santa Cruz operaba con su armada, que llegó en el momento oportuno.

El 23 de julio de 1580 se rindió aquella fortaleza, y una vez que ondeó en ella el pendón español, fue proclamado D. Felipe II como Rey de Portugal.

Encontrados fueron los pareceres respecto al camino que había de emprenderse desde Setubal para llegar á Lisboa. El duque de Alba opinaba por marchar á Cascaes, que era el más corto, pero los demás se oponían porque era el más peligroso en razón á lo escarpado del terreno y á que D. Diego de Meneses, general en jefe de las tropas de D. Antonio, tenía guardados aquellos desfiladeros por algunos miles de soldados y una batería.

Pero el anciano duque de Alba, lleno de bélico ardor, no cedió en su propósito, y demostró tal pericia y un tacto tan especial en aquella marcha, que no pudo menos de admirar á los más jóvenes y valientes.

Alucinando al enemigo con una fingida marcha á Santarem, lanzóse de repente sobre el difícil paso, forzándole sin gran resistencia, y penetrando en Cascaes, batió sin tregua el castillo, entrando en él por la fuerza, y apoderándose del general D. Diego de Meneses ordenó que fuese decapitado inmediatamente.

Extraordinario fue el pánico que produjo en Lisboa la noticia de esta nueva victoria de los españoles, siendo necesarios grandes esfuerzos por parte del antiguo prior de Crato para que no se entregara también.

Sin embargo, este, al ver que todas las fortalezas de ambas riberas del Tajo estaban en poder de los españoles, procuró entrar en tratos con el Duque, el cual le contestó felicitándole por el buen acuerdo que había tenido; mas como en la carta omitiera el tratamiento de majestad, irritóse D. Antonio, y diciendo: *Los reyes son reyes, los capitanes capitanes, y las victorias Dios las da*, dió por rotas las negociaciones, aprestándose para una defensa desesperada.

Reunió todas las fuerzas que pudo, para cuyo efecto alistó toda la gente útil de Lisboa sin escepcion de ninguna especie, y confiando el mando de las compañías á los frailes, dirigióse á Belen, en cuyo punto decidió esperar al de Alba.

Poco tiempo llevaba en aquel sitio, cuando las continuas deserciones que en su ejército tuvieron lugar, obligaronle á retirarse y tomar posiciones cerca del río y puente de Alcántara, inmediato á Lisboa, en un cerro bastante escabroso y al abrigo de los buques.

Prudentemente había ido el duque de Alba aproximándose á Belen, y conociendo el sitio en que se hallaba su contrario, combinó su plan para concluir de una vez la campaña, poniéndose de acuerdo con el marqués de Santa Cruz.

Y al llegar á este punto no podemos menos de hacernos cargo de la astucia empleada por Felipe II para dejar burlada la pretension pontificia respecto á la corona de Portugal.

Ya en otro lugar digimos que el pontífice Gregorio XIII pretendía que se considerase aquel reino como un feudo de la Santa Sede, y para decidir á Felipe á que depusiese las armas, sujetándose á la decisión de Roma, envió al cardenal Alejandro Riarío en clase de legado.

Apenas Felipe tuvo noticia de ello, ordenó que se le entrevistara durante su viaje por España con grandes festejos al objeto de que cuando llegara á su presencia, ya estuviesen las tropas españolas posesionadas de aquel reino.

Cuando el Cardenal legado llegó al punto en que residía Felipe, todavía procuró con varios pretextos dilatar la entrevista, concediéndola por fin cuando el duque de Alba daba vista á Lisboa.

Enterado Felipe de la misión del Cardenal, manifestóle que ya era demasiado tarde para acceder á la pretension del Pontífice, por

cuanto sus tropas estaban próximas á penetrar en Lisboa, y como el legado insistiese en pasar á la indicada capital, el Monarca, en términos corteses, procuró disuadirle, diciendo que no podía consentir corriese los peligros que indudablemente correría en una población dominada por las turbas tumultuadas, obligando así al Cardenal á regresar á Roma sin haber podido evacuar su comision.

Entre tanto el duque de Alba, despues de haber dado sus últimas disposiciones para el combate, el 25 de agosto de 1580 se hizo conducir en una litera á un lugar desde donde pudiera distinguir todo el campo de batalla, y una vez comenzada esta, no fue difícil adivinar por quién había de quedar la victoria.

Agueridos y triunfantes los españoles, bisonos y poco disciplinados los portugueses, presto se pusieron en fuga hácia la ciudad, mientras la escuadra portuguesa tenía que rendirse al marqués de Santa Cruz.

«No queremos encarecer el mérito de esta victoria, dice Lafuente, porque, en efecto, reconocemos que no podía haber gran lucha entre un ejército disciplinado y ya victorioso, mandado por excelentes capitanes y por un experto y afamado general, mayor además en número como era el español, y la poca, ruin é inexperta gente que tenía D. Antonio.

«Mas tampoco puede negarse la parte de mérito que en el triunfo tuvo la buena disposicion de la batalla, como los historiadores enemigos de España pretenden.

«El portugués Faria y Sousa, con cierto mal humor que puede disculpar el patriotismo, dice: «Yo no niego el valor, mas ejerci-  
«tarle á donde falta resistencia, no lo llamaré cobardía» á trueque de que no le llamen victoria.

«Hemos tenido el gusto de ver la relacion que hace de toda esta campaña, con excelente critica y con mas extension que á nosotros nos es dado hacerlo, nuestro ilustrado amigo y co-académico de la historia el Sr. D. Antonio Cavanilles, en la que está escribiendo de la *Dominacion de España en Portugal*,» prosigue diciendo el Sr. Lafuente, y efectivamente ella ha servido para justificar la opinion de nuestro diligentísimo historiador respecto á este asunto.

El derrotado D. Antonio hubo de refugiarse en la ciudad, despues de aquel combate desgraciado y al poco tiempo penetró también el duque de Alba por medio de capitulacion, y aun cuando el duque prohibió á sus tropas que se dieran al saqueo, esparciéndose estas por los arrabales y la campiña, cometieron infinidad de robos, entre otros, el de un riquísimo jaez de diamantes de un valor considerable, y que, como dice un historiador, era el ornamento y como el mayorazgo de Portugal.

El causante de todo esto, el bullicioso ex-prior de Crato, pudo escapar de Lisboa, siendo este uno de los cargos que se hicieron al Duque, pues pudiendo haberle cogido le dejó huir, y refugiándose en Santarem, lugar de su proclamacion, tuvo tambien que salir de allí, marchando á Coimbra, de donde se trasladó á Oporto, armando cuanta gente útil encontró en esta población.

El 11 de setiembre de 1580, el duque de Alba dispuso que fuese jurado D. Felipe como rey de Portugal, lo cual tuvo lugar con todas las ceremonias de estilo, aun cuando con escasa concurrencia del elemento popular.

Felipe entre tanto hallábase en Badajoz retenido por una grave enfermedad que puso su vida en grave riesgo, llegándose á esparcir el rumor de que había muerto, de cuya circunstancia se aprovechó el rebelde D. Antonio para escitar á sus partidarios, obligando al duque de Alba á adoptar algunas precauciones en la capital para en el caso de que aquella noticia resultase cierta.

Felizmente la mejoría del Monarca español vino á echar por tierra todas las esperanzas concebidas por los rebeldes, y el valiente Sancho Dávila, por encargo del Duque, salió en persecucion de D. Antonio, á quien derrotó cerca de Oporto, y aun cuando despues anduvo todavía seis meses oculto por aquellos lugares, y aun cuando Felipe puso á precio su cabeza ofreciendo al que se la presentase ochenta mil ducados, no hubo un portugués que tratara de ganar aquella suma, lo cual habla muy alto en pro de su hidalguía. Merced á esto el ex-prior de Crato pudo buscar un asilo en Francia, de donde todavía hemos de volver á verle salir dentro de poco tiempo.

El día 26 de octubre de 1580 falleció en Badajoz la cuarta esposa del Monarca D.<sup>a</sup> Ana, y despues de terminados sus últimos deberes respecto á ella, penetró Felipe en sus muros, convocando Cortes para ser reconocido y jurado en ellas para la villa y monasterio de Thomar, pues la epidemia que reinaba en Lisboa y en otras importantes poblaciones, impedía reunir las en ellas.

El día 5 de diciembre entró Felipe bajo palio en Gelves, primera población portuguesa que le había reconocido, vistiendo la toga del magistrado en vez del arnés del guerrero, cumpliendo lo que le indicara D. Cristóbal de Mora, quien le dijo: *Suplico á V. M. humildemente no entiendan los portugueses que V. M. no se fia de ellos, porque si no nunca les conquistaremos los corazones.*

Despues visitó en Villaboin á los duques de Braganza, quienes le juraron obediencia, nombrando al Duque Condestable del reino y haciéndole merced del Toison de oro.



LIT. TOM. QUIN. 29

J. SEPA. LIT.

COMBATE NAVAL EN LA ISLA TERCERA.